

Siniestro

Patricio Chaija

SIENESTRO



Serie EXTENSIÓN
Colección CREACIÓN LITERARIA

Chaija, Patricio

Siniestro/Patricio Chaija. - 1a ed. - Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2017.

354 p.; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-655-143-4

1. Cuentos de Terror. I. Título.

CDD A863



Editorial de la Universidad Nacional del Sur |
Santiago del Estero 639 | B8000HZK Bahía Blanca | Argentina
www.ediuns.uns.edu.ar | ediuns@uns.edu.ar
Facebook: EdiUNS | Twitter: EditorialUNS



Red de Editoriales de
Universidades Nacionales



**Libro
Universitario
Argentino**

Diseño interior: Alejandro Banegas

Diseño de tapa: Rubén Risso

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes n.º 11723 y 25446.

Queda hecho el depósito que establece la Ley n.º 11723.

Bahía Blanca, Argentina, abril de 2017.

© 2017, Ediuns.

Dedico este libro a Silvio «Luchi» Fariña, con quien, en nuestra juventud, nos empachábamos de películas de terror.

A un ser solo se lo conmueve tocándolo en su punto vulnerable. En la mujer, está debajo del vestido; en el dios, en la garganta del animal que se le ofrenda en sacrificio.

George Bataille, *Guilty*

Índice

Foto de perfil	15
El extraño caso de Alfonsina Santisteban	23
El último estertor de Diamela Young	33
Hola, oscuridad	43
Horrendo	59
Lo arácnido	117
La verdadera fiera	163
La mujer que mira de costado	197
Lo que muere mientras vivo	225
El pequeño dios ahogado	239
El idiota enamorado	261
Tesis de un ángel cruel	285
La destrucción de Micaela	317
Nerina	339
Agradecimientos	361

Cuentos

Foto de perfil

Un camino entre pastos muy altos había. Los pastos eran de un verde deslucido y se mecían con el viento. Ella iba descalza. Vestía una remera blanca que le quedaba grande y un pantalón de jogging. Más allá del horizonte no había nada. Ni pájaros, ni nubes, ni un árbol. Descendió siguiendo lo serpenteante del camino, casi imperceptible, y volvió a ascender en una loma. Era la tarde pero se advertían muchas estrellas. Miró al cielo y supo que nunca había visto esas constelaciones. Y tras una nueva loma, apareció. Una casa. Supo antes de verla que se encontraría con ella, y sospechaba que antes en ese lugar no había nada. Tal vez, cuando se fuera, la casa ya no estaría. El corazón le temblaba, se acercó andando suavemente sobre la tierra. Era una construcción baja de madera gris, con techo a dos aguas y grandes ventanas oscuras. No quería mirar, pero sí quería. Puso las manos a los costados de la cara y apoyó la nariz en el vidrio. Al principio no vio nada. Una mesa de madera, un sillón. ¿Una chimenea apagada? Había algo de piedra, pero no pudo distinguir qué era. Y el hombre, por supuesto. Estaba de espaldas, inclinado sobre un rincón. Haciendo algo. Pareció advertir su presencia, porque respingó y se quedó quieto. *Tengo que huir*, pensó ella, pero no se podía mover. El hombre caminó de espaldas, se retorció como sacudiéndose un peso de la espalda, primero un hombro, luego el otro, hacía aspavientos con sus brazos, llevaba uno y otro atrás, como nadando de espaldas en el aire

enrarecido de la casa, mientras caminaba convulsionándose hacia la ventana. Se acercó y se dio vuelta. El hombre no tenía cara.

La alarma del celular comenzó a sonar y Brenda puteó y apretó el puño. Estiró la mano hacia sus zapatillas —nunca dejaba el celular sobre la mesita de luz; su madre la había atemorizado acerca del poder cancerígeno de dormir con este aparato al lado de la cabeza—, lo encontró y presionó una tecla. La pantalla se iluminó y ella despegó los párpados. Odiaba levantarse temprano, odiaba la escuela, odiaba a su madre que estaría haciendo las mismas tostadas horribles con queso crema de siempre, odiaba que hoy tenía Matemática y la vieja de mierda siempre pedía la tarea. Se pasó una mano por los ojos y enfocó la vista en la pantalla, aún acostada en la cama. Deslizó el dedo, apretó un ícono y apareció el Facebook. Pasaron unos segundos y no cargó la página. *Qué raro. No, esperá.* Sí había cargado, pero no se veía su foto de perfil. Eso la ofuscó. Adoraba su foto. Necesitaba verla todos los días. Mostraba un momento hermoso que quería volver a vivir. Era el único recuerdo que tenía de la felicidad.

Lo extrañaba tanto. Apretó los ojos y se vistió. Se lavó la cara y fue a la cocina. La irritó ver que no se había equivocado: había tostadas recién sacadas del horno en un plato. Su mamá trajinaba y ya le alcanzaba la taza con café con leche. No hablaban porque no había nada que decirse. Pensó en Matías, intentó recordar su sueño. No pudo. ¿Había una ventana? Los recuerdos se escapaban como murciélagos sordos y tontos. No los podía ver. ¿Una cara que se desintegraba? No, era otra cosa. ¿En serio había una ventana? Sintió un escalofrío. Una ventana es un espejo es una puerta. Y ahí estaba la puerta de

calle: ya delineados los ojos, con broches en el pelo y el celular en la mano —*no carga esta mierda*— tomó la mochila y salió.

El aire frío de la mañana la desanimó. Volvió a mirar el celular varias veces mientras iba hacia la escuela. El Facebook parecía andar, pero la foto de perfil no cargaba. Resopló y se guardó el celular en un bolsillo. Afuera de la escuela había algunas chicas y chicos haciendo tiempo para entrar. Algunas que charlaban en grupitos la miraban. Nadie se acercó a saludarla. Se sintió incómoda. *Qué mierda les pasa*. No dijo nada. No le dieron ganas de entrar a la escuela. Tampoco quería faltar a clase. Ya estaba ahí, ahora iba a entrar. Pero varias chicas la miraban raro. Cuchicheaban. Algunas tenían auriculares puestos, y todas sostenían sus celulares. Brenda se había alejado de casi todos desde lo que había pasado. Entonces Marina, que había sido su amiga hasta hacía poco (¿o lo seguía siendo?) se desprendió del grupo y se acercó. Estaba muy seria.

—¿Por qué pusiste esa foto de perfil? —le dijo Marina.

Brenda no entendió.

—¿De qué me hablás? —Entonces recordó que no podía ver su propio perfil. Sacó el celular del bolsillo. La imagen no cargaba. Le iba a preguntar a Marina qué veía ella, quería decirle que no había cambiado la imagen desde hacía seis meses, que por favor le dijera qué veía... Pero sonó el timbre y todo el mundo ingresó y no pudo decir nada. Brenda dejó que pasaran quienes estaban afuera. Coqueteó con la idea de darse media vuelta y vagar por la plaza, o entrar en un café y hacer tiempo hasta la salida del colegio, aunque sin saber por qué enfiló hacia la puerta y entró. Ya todos los cursos se habían formado en el gimnasio, esperando las palabras de la directora

y el himno a la bandera, así que se giró en un pasillo y enfiló hacia el baño. Estimó que estaría desierto, y así estaba. Hasta el primer recreo, calculó, nadie iba ingresar a los baños. Contaba con bastante rato para calmarse y decidir si ingresaba al aula.

El baño la recibió con un silencio que le encantó. Era raro estar en ese espacio y no oír las risas de las que se maquillaban, o las puertas golpeándose, los chillidos y puteadas de las que fumaban en el recreo. Por las ventanas altas se advertía luminosidad tardía. El día aún no empezaba. A su izquierda estaba el gran espejo y las piletas. No se atrevió a mirar. *Un espejo es una ventana*, había pensado. ¿Su foto de perfil era una ventana? ¿Qué mostraba? Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se dirigió hacia un cubículo. Cerró la puerta y bajó la tapa del inodoro. Siempre buscaba ese porque era el único que tenía tapa. Y la mañana estaba demasiado fría como para sentarse sobre la taza sola del inodoro. Se bajó el pantalón y la bombacha hasta los tobillos y se sentó. Orinó y se relajó un poco. Aprovechó para sacar su celular y puteó cuando vio que aún no veía la foto con Matías. *La mala sangre que te hacés por estas pelotudeces*, oyó en su mente la voz de su madre. Desterró a su madre de su cabeza. No la soportaba en vivo y en directo y menos le iba a permitir que la volviera loca con sus reproches en off. Buscó el muro de Matías. Eso la tranquilizó. Vio los mensajes que le había escrito: «Hoy hace cinco meses desde que te fuiste, te extraño te amo, te amo corazón», «No soporto lo que dejaste se desangra en mí», «¿Por qué, por qué? me digo no estás acá?», «Puede una sola frase llenarte el corazón — CJS». Subía videos de distintas bandas que les gustaban a ambos. Salió del

Facebook y abrió la galería de imágenes. En una carpeta encontró la foto. En blanco y negro una perspectiva de su pierna izquierda. La masa sanguinolenta de las cortaduras supuraba. Caminos rojos —se veían negros en la imagen— trazados de lado a lado. Decenas de pequeños cortes. Muchísima sangre. El líquido rojo era como lava que salía a la superficie. Su cuerpo era un volcán, y le hacía muy bien que los regueros de líquido caliente corrieran por el exterior. Le había mostrado esa foto a la profesora de Biología. Gran error. La mina había hablado con la psicopedagoga de la escuela. Ella siguió cortándose, era un desahogo desde lo de Matías. Desde que Matías se había volado la mitad de la cara con la escopeta. *Había sesos de él por todos lados*, le habían escrito desde una cuenta falsa de Facebook. *El cerebro rosadito como gelatina que se desprendía del techo*. Brenda había bloqueado esa cuenta.

Ella solo quería verlo de nuevo. No entendía por qué él se había ido, por qué había decidido abandonarla sola, en este mundo injusto, feo, doloroso. Un poco sospechaba sus motivos... pero estaba enojada con él. Por haber ido solo. Y por no haberle permitido ayudarlo. El enojo se esfumó casi instantáneamente y sintió que lo extrañaba. Un gran vacío dentro de sí misma. Se inclinó y revisó en el bolsillo del pantalón que estaba en sus tobillos. Extrajo una cuchilla que había sacado de una maquinita de afeitar. Con ella se había hecho los cortes de la pierna. Extrañaba mucho a Matías. Miró la hoja como si fuera una gema. Había considerado la idea de entregarle a la profesora de Biología la cuchilla, sin decirle ni una palabra, para que entendiera que no se cortaría más. Como un pacto silencioso, así no se preocupaba. Pero ahora

sentía que quería estar con él. Había perdido la virginidad con Matías. Ya ni deseo sexual tenía. Hacía meses que no se masturbaba. Ni siquiera consideraba el estar bien. Gozar era algo que estaba muy alejado de su mente. No sonreía ni tenía pensamientos positivos, porque, consideraba, pasarla bien era una falta de respeto hacia su novio que ya no estaba. Entonces se pellizcó con los dedos de la mano izquierda los pliegues de los labios mayores y así, sentada en la taza del inodoro con la ropa en los tobillos, se puso a cortar. Enseguida desprendió el capullo de piel y lo soltó en el inodoro. La sangre manó con fuerza de su entrepierna. Le chorreó por los muslos. No sentía dolor. Había algo peor que perder una parte del cuerpo, y era perder una parte del alma.

El dolor ocasionado por el desgarró de estar sola era una herida que no se curaba.

Algo rasguñó la puerta del baño, más allá del pasillo. Tomó la cuchilla e hizo un solo corte, enérgico, en su antebrazo, del codo a la muñeca. Esta vez la sangre sí salió a montones y se asustó, pero después echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra la pared. A medida que la sangre la abandonaba se sentía más tranquila. El celular estaba en el piso, la pantalla manchada con salpicaduras rojas que no terminaban de coagularse. Súbitamente le pareció que el baño estaba más oscuro.

La puerta de los baños se abrió con un golpe, algo entró. Se arrastraba por el piso, deteniéndose frente a cada cubículo. Brenda, con el pantalón y la bombacha en los tobillos, el clítoris cortado sumergido en el agua cada vez más roja del fondo de la taza del inodoro, el brazo desgarrado, sonrió

feliz. El ruido se acercaba. Había algo detrás de la puerta de su cubículo.

Brenda miraba la puerta. ¿Qué es una puerta, sino una oportunidad? Cada vez que abrimos una puerta y la atravesamos podemos cambiar nuestra vida. Lo que nos depara cada puerta, es una chance nueva en donde vernos. Una puerta es un espejo. Sí, y una ventana en donde ver.

Recostada, una mota de polvo se posó sobre uno de sus ojos abiertos, y ella no parpadeó. El sonido tras la puerta creció y de un golpe la hoja de madera se abrió.

En ese momento la figura ensangrentada la miró.